

Tres mujeres únicas

Isabel de Armas

La biografía goza en la actualidad de un especial favor del público y, en consecuencia, de muy buena salud. Entre las muchas propuestas, hemos elegido tres con especial gancho y de las que el lector puede disfrutar a tope. Los personajes seleccionados son: la condesa de Pardo Bazán, Santa Teresa de Jesús y María Pacheco, la viuda del comunero Juan Padilla.

Periodista, poeta, crítica, traductora, cuentista, dramaturga, Emilia Pardo Bazán es una de las figuras más importantes de la segunda mitad del siglo XIX español. Eva Acosta, después de dedicar diez años al estudio del personaje, nos ofrece un retrato de cuerpo entero de Doña Emilia, mujer fascinante que le gustaba ser el perejil de todas las salsas. No era un «ratón de biblioteca». Con sus múltiples amistades va al teatro, a los restaurantes y a los cafés, y allí disfruta de un aire cosmopolita y ligero que nutre su espíritu tanto como los libros. Le pirriaba la vida social y, sobre todo, el ambiente aristocrático madrileño. ¿A cuento de qué debería ella entregarse a una existencia cuasi monacal, como la austera Concepción Arenal o como su *hermano del alma* Giner de los Ríos?

Acosta nos cuenta el papel que juega EPB en los acontecimientos históricos de su época –la Restauración y la Regencia–, su relación con los grandes escritores de su tiempo –principalmente con Clarín y Pérez Galdós–, los secretos de su vida íntima, así como

Eva Acosta, *Emilia Pardo Bazán. La luz en la batalla*, Editorial Lumen, Barcelona 2007, 680 pp.

Joseph Pérez, *Teresa de Ávila y la España de su tiempo*, ALGABA Ediciones, Madrid 2007, 311 pp.

María Teresa Álvarez, *La comunera de Castilla*, La Esfera de los Libros, Madrid 2007, 375 pp.

la gestación de su vasta y variada obra literaria. Nacida en La Coruña en 1851, cuando en España reina Isabel II, hija única de clase media acomodada, la pequeña Emilia crece entre algodones. El padre posee un temperamento inquieto, que lo impulsa a interesarse por cuestiones políticas, sociales y económicas. Dueño de propiedades rurales, de cuyas rentas vive, le preocupan las condiciones de vida en el campo de su país, que aún conserva estructuras arcaicas de arrendamiento heredadas de la Edad Media. Católico ortodoxo, su ideología en lo político se inclina a la búsqueda de un nuevo orden de progreso que facilite a España la tan necesaria estabilidad, y milita en las filas del liberalismo avanzado. La infancia de Emilia transcurre entre invierno en Madrid y temporada de verano en Galicia, donde su padre, don José, supervisa las tareas de sus fincas. La formación que recibe es, según destaca su biógrafa, de un «moderno barniz francés» y un «semianalfabetismo pretensioso». Pero como en su casa dispone de una buena biblioteca, desde muy pequeña destaca como devoradora de libros, periódicos y todo tipo de publicaciones.

A los dieciséis años contrae matrimonio con José Quiroga, de veinte. En un texto autobiográfico, doña Emilia, con la ironía que le caracteriza, se limita a confirmar: «Tres acontecimientos importantes en mi vida se siguieron muy de cerca: me vestí de largo, me casé, y estalló la Revolución de Septiembre de 1868». A raíz de su matrimonio, aunque en Madrid triunfan los ideales progresistas, la señora Quiroga, influida por su marido, abraza con fervor el carlismo en lo político y el neocatolicismo de tintes ultramontanos en lo religioso. En 1879, cuando EPB cumple veintiocho años, una edad que por entonces se consideraba casi la madurez de la mujer, su perfil corresponde al de una buena burguesa con ínfulas aristocráticas y literarias y católica militante; «un perfil –escribe su biógrafa– en el que la Emilia interior no acaba de encajar». Después del nacimiento de su segundo hijo –una niña, Blanca–, su vida de pareja comienza a hacer aguas, y cuando nace la tercera, Carmen, el matrimonio está completamente roto, a pesar de seguir guardando las apariencias. Pardo Bazán se manifiesta del todo decidida a continuar su camino de escritora incluso a expensas de su matrimonio, algo que consigue realizar con el respaldo –económico y emocional– de sus padres.

Recién cumplidos los treinta años, Acosta destaca que «ninguna otra española de su época ofrece un perfil tan rico..., ni tan desconcertante»: Doña Emilia cita a Voltaire, se cartea con el arzobispo compostelano y con un krausista de la vieja guardia, se confiesa lectora de Schopenhauer y defiende a ultranza el fuego de la Inquisición... Efectivamente, la coruñesa se relaciona con tirios y troyanos; por un lado con el ultraconservador Menéndez y Pelayo; por otro con el librepensador y ascético Giner de los Ríos. Y elige de los dos bandos lo que más se ajusta a su propio temperamento. El ser amiga íntima –lo suyo desemboca en *amitié amoureuse*– del progresista Pérez Galdós no le plantea ningún problema para relacionarse con el muy conservador José María de Pereda. En un ambiente mayoritariamente masculino Emilia aparece como algo insólito, un raro ejemplar de su especie. Con el tiempo, de ambos bandos recibirá satisfacciones, pero también no pocos desencuentros.

Como mujer que pretende independizarse mediante el trabajo y alcanzar hasta donde llega el hombre, su sentir feminista se pone de manifiesto. Su feminismo es vivencial, ya que le tocó sufrir en carne propia el desdén de hombres inferiores a ella y eso es lo que la encamina hacia el campo feminista; se trata de un feminismo personal, nada corporativista. A principios de 1892 escribe: «En el estado social actual de la mujer, no es posible presumir de lo que en efecto sería capaz, si le fuese lícito, como al hombre, elegir su camino, y desenvolverse con espontaneidad absoluta, física, moral e intelectualmente». En 1914, siete años antes de su muerte, poniéndose como modelo, declara: «He tenido el gusto de ser la primera socia de número del Ateneo; la primera presidenta de la sección de literatura; la primera y única mujer que ha sido profesora de la Escuela de Estudios Superiores, en el mismo Ateneo; el primer socio de número de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos de País, y otros cargos más. No cabe duda que, si muchas mujeres siguieran mi ejemplo, el feminismo en España sería un hecho».

El libro de Eva Acosta, ¿qué aporta de nuevo respecto a la primera biografía de Carmen Bravo Villasante («Vida y obra de EPB», Revista de Occidente, 1962) y la última publicada por Pilar Faus («EPB. Su época, su vida, su obra», Fundación Pedro Barrié

de la Maza, 2003)? Éste es un trabajo ameno, ligero, iluminador e instructivo, tal vez menos denso y profundo que los de Bravo Villasante y Faus pero igualmente válido.

Sensibilidad y lucidez

Teresa de Ávila y la España de su tiempo no es una nueva biografía de Santa Teresa de Jesús. Lo que el autor se propone es reinstalar a la carmelita de Ávila en la España de su tiempo. ¿Cómo pudo imponerse una mujer en un mundo masculino que tan receloso se mostraba ante las ideas y las prácticas religiosas que se apartaban de lo común? Para el prestigioso hispanista Joseph Pérez, el éxito de Teresa se debe a su personalidad y al rechazo a dejarse encerrar en el marco mental de una determinada sociedad. La biografiada se rebela contra la mediocridad de la existencia de sus contemporáneas. Decide entregarse a Dios y se propone asumir esa decisión en todo su rigor. Se «descalza»; obtiene de las autoridades el permiso para reformar el Carmelo; convence a otras religiosas y religiosos para que la sigan. Pérez destaca que hubiera podido contentarse con eso y vivir lejos del mundo una experiencia espiritual de una calidad excepcional, pero su vena mística es más exigente que el quietismo de su época. La reformadora se revela mujer de acción. Quiere que la espiritualidad carmelita irradie; es su contribución a la renovación de la vida religiosa en la España de Felipe II.

El historiador sigue en su trabajo el esquema de Gaston Etche-goyen en su *L'Amour divin*. En la vida de Teresa destacan tres periodos: «veinte años de juventud mundana» (1515-1535); «veinte años de retiro religioso en el convento de la Encarnación» (1535-1562); «veinte años de campaña espiritual» consagrada la reforma del Carmelo (1562-1582).

De la primera etapa, el autor de este libro destaca el origen judío de su personaje. Al referirse a su padre, escribe que «Alonso Sánchez de Cepeda era hijo de un judío converso de Toledo condenado por la Inquisición». «Hubo que admitir el hecho –dice también: Teresa de Ávila era de origen judío». Y como historiador se pregunta: «¿Cómo se pudo ignorar el dato durante tanto tiempo, cuan-

do los documentos estaban al alcance de la mano, en unos archivos abiertos al público, y cuya existencia conocían los biógrafos puesto que citaban la referencia?» La respuesta, según Pérez, está en que desde 1940, y durante casi cuarenta años después, España «se creía amenazada por los judíos y por los francmasones».

De la segunda etapa es importante recordar que se trata de la época en que, en toda Europa, las divergencias confesionales se agudizan. Católicos y protestantes se constituyen en confesiones rivales. En Francia empiezan las guerras de religión. En España se cree ver luteranos por todas partes. No son tiempos para el diálogo, sino para la intransigencia. Se vive un momento singularmente duro; Teresa escribe: «Andaban los tiempos recios». Y dado que es una mujer y cultiva la vida interior, la futura santa de Ávila es, *a priori*, sospechosa para los defensores de la ortodoxia y de la tradición. Pero a pesar de las sospechas, en esa Castilla urbanizada y próspera donde se da la reforma carmelitana, Teresa se siente cómoda. Se entiende mejor con los hombres de negocios que con los aristócratas —que también la apoyan—, cuyos modales le resultan complicados y sus prejuicios ridículos. Estos capitalistas pueden, llegado el caso, convertirse en mecenas. No sólo invierten en el negocio, sino también en lo espiritual. Pérez puntualiza: «Quieren ganar mucho dinero, de acuerdo, pero también quieren ir al cielo». Y más adelante añade: «No es baladí señalar que la reforma del Carmelo se produce en un periodo de prosperidad. Es importante recordar aquí que en la superiora del Carmelo reformado destaca, sobre todo, su sentido práctico, y por eso sus conventos van a situarse en las regiones más dinámicas. Entiende que un carmelo solo es concebible en un marco urbano, y esto por dos razones: solo en las ciudades las carmelitas encontrarán con facilidad directores espirituales competentes; y en las ciudades, las religiosas tienen más posibilidades de tratar con ricos o con burgueses acomodados susceptibles de ayudarlas a mantenerse.

Una prueba evidente de que Teresa se siente mucho más a gusto en los ambientes burgueses que en los palacios de la nobleza, cuyos prejuicios detesta, lo encontramos en el capítulo XV de las *Fundaciones*, cuando habla del carmelo de Toledo, creado en 1569. El donador era un gran mercader, Martín Ramírez, hombre muy piadoso nos dice; llevaba una vida ejemplar; había ganado su